

¿No hay salida?: mirando atrás críticamente

David Schweickart

Los marxistas se miran los proyectos con escepticismo. Siempre lo han hecho. Todos recordamos la polémica de Marx contra Proudhon en el *Manifiesto Comunista* allí donde critica que

“la acción histórica esté sometida a la acción de inventiva personal, las condiciones de liberación creadas por la historia, a unas fantasiosas, la espontánea y progresiva organización clasista del proletariado, a una organización especialmente imaginada por unos inventores” (Marx y Engels, 1986: 64),

Y recordamos otras numerosas ocasiones en las que los padres del socialismo “científico” criticaban a los “utópicos”. En general, esta aversión de Marx a establecer proyectos ha sido saludable, alimentada, al menos en parte, por un respeto a la concreta especificidad de la situación revolucionaria y a los agentes comprometidos en la actividad revolucionaria; la tarea de los intelectuales marxistas no es decir a los agentes de la revolución cómo deben construir su economía post-revolucionaria.

Pero la dialéctica histórica es algo muy curioso: las virtudes a veces se convierten en vicios, y viceversa. En el actual momento histórico, la escéptica aversión a los proyectos está fuera de lugar. Esta es mi aseveración. *En la coyuntura histórica actual, necesitamos un “proyecto” -un modelo teórico de socialismo viable y deseable-.* No es ningún secreto que el viejo argumento de que el socialismo *no puede* funcionar, ha recibido un fuerte impulso con los recientes acontecimientos -aún en curso- de la Europa del Este y de la Unión Soviética. Ciertamente, el alcance y la profundidad de los sentimientos antisocialistas y procapitalistas, entre aquellos que han vivido o aún viven bajo el “socialismo real”, son inevitablemente preocupantes, incluso para aquellos de nosotros que durante mucho tiempo hemos sido críticos con ese tipo de socialismo. Parece suficientemente claro que la izquierda necesita algo más que eslóganes sobre planificación democrática y/o control del trabajador, si tenemos que competir con algún grado de efectividad contra creciente hegemonía de la ideología capitalista.

La dialéctica histórica es algo muy curioso. Precisamente ahora que la hegemonía capitalista parece más segura, y la izquierda parece más necesitada de una visión alternativa, los materiales para construir y defender esta visión están al alcance.

Durante las dos últimas décadas ha habido un resurgimiento de la búsqueda teórica y empírica de arreglos económicos alternativos -esquemas alternativos de organización de los puestos de trabajo, mecanismos alternativos de planificación, sistemas alternativos de integración de la planificación y el mercado- y mucho de ello, aunque no todo, ha venido de la competencia intensificada entre naciones capitalistas.

Mi tesis es que la izquierda ahora está en condiciones, como nunca lo habíamos estado, de argumentar con confianza moral y científica, que *existe* una forma deseable de socialismo que funcionará. Este cuaderno avanza en esta dirección.

Antes de empezar, quisiera destacar que no creo que el proyecto de construir y defender modelos de socialismo viable y deseable sea el único proyecto meritorio para los agentes o intelectuales socialistas en estos momentos; ni tampoco creo que tener un modelo viable solucione el problema de “qué hay que hacer”. En absoluto. El “problema de la transición” aún es enorme. Al mismo tiempo, creo que es importante que tengamos alguna idea sobre qué es lo que esperamos ser en la transición -aun reconociendo al mismo tiempo que las exigencias de la lucha concreta exigirán indudablemente diversas modificaciones de cualquier proyecto que se proponga-. Ciertamente, el “proyecto” a establecer aquí no debería entenderse como una forma fija, óptima en cada situación del mundo real. Más bien se entiende básicamente como una arma intelectual contra los apologetas del capitalismo, que siempre proclaman que no importa que las cosas vayan mal con el capitalismo, puesto que no hay alternativas viables.

Estableciendo el marco

En 1920, Ludwig von Mises disparó el tiro de salida en lo que había de ser una escaramuza académica durante diversas décadas. El Socialismo, declaró von Mises, es imposible: sin propiedad privada de los medios de producción, no puede haber un mercado competitivo para los bienes de producción; sin un mercado para los bienes de producción, es imposible determinar sus valores; sin estos valores, la racionalidad económica es imposible.

“Por ello, en un estado socialista, donde la búsqueda del cálculo económico es imposible, no puede haber -en nuestro sentido del término- ningún tipo de economía. En asuntos triviales y secundarios, la conducta racional aún puede ser posible, pero en general no se podría hablar nunca más de producción racional” (Mises, 1935: 92).

Las crisis actuales de las economías soviética y de Europa del Este podrían parecer la definitiva justificación de von Mises. Realmente está de moda hoy en día leer el colapso del comunismo europeo en este sentido. Pero vayamos con un poco más de cuidado.

Se ha admitido sobradamente que el argumento de von Mises es *lógicamente* defectuoso. Incluso sin un mercado de bienes de producción, sus valores pueden determinarse. En respuesta a von Mises, un número de economistas señalaron que

ya el discípulo de Pareto, Enrico Barone, había demostrado, trece años antes, la posibilidad teórica de un socialismo de “mercado simulado”.¹

Está claro que el modelo de “mercado simulado” de Barone y otros es muy distinto al modelo soviético de “economía dirigida”, que no permite un mercado libre ni en la producción ni en el consumo de bienes, ni tan sólo intenta imitar la conducta del mercado. ¿No ha acabado teniendo razón von Mises, como mínimo por lo que respecta a esta forma de socialismo?

Creo que deberíamos ser justos, aquí. Incluso las economías dirigidas, que han fracasado recientemente, han tenido algunos éxitos sustanciales. En la mitad de los años setenta, la Unión Soviética se había erigido en segundo poder económico mundial. En el espacio de una generación, China ha conseguido sacar su población, actualmente ya de mil millones de personas, de la larga lista de países aún azotados por el hambre. Desde sus inicios, en el año 1959, el socialismo cubano dio a sus ciudadanos un nivel de bienestar económico trágicamente excepcional en Latinoamérica, si no es en las clases altas. Y por lo que respecta a la Europa del Este, deberíamos escuchar al poeta y ensayista alemán occidental Hans-Magnus Enzensberger (1989: 114, 116), reflejando, en 1985, su reciente visita a Hungría:

Casi nadie recordaba que antes de la Segunda Guerra Mundial había habido millones de proletarios agrarios en Hungría viviendo por debajo del nivel de subsistencia, sin tierra ni derechos. Muchos de ellos emigraron para encontrar salvación; centenares de miles acabaron como mendigos... Después de amargos conflictos y peleas sin fin, el régimen de Kadar cerró definitivamente el vacío entre campo y ciudad y ha hecho posible una especialización agrícola que consigue grandes excedentes. El silencio de los pueblos esconde el hecho de que aquí, tras las vallas adormecidas, donde sólo un perro a veces rompe la paz del mediodía, el socialismo húngaro ha puesto fin a la miseria y a la servidumbre, y ha conseguido sus éxitos más revolucionarios.

Reconocer que un socialismo de mercado simulado es teóricamente posible y que las economías dirigidas tienen algunos logros significativos, no significa abogar por cualquiera de estas formas de socialismo; pero este reconocimiento debería obligar a pensarlo un poco más antes de suscribir la proposición simplista de que el socialismo es imposible. Las crisis económicas no salvan los argumentos lógicamente defectuosos, ni tampoco niegan los éxitos históricos. El socialismo puede “funcionar”. La cuestión importante es, ¿hasta qué punto puede funcionar bien? Específicamente, ¿puede el socialismo funcionar mejor que el capitalismo?

Yo afirmo que la respuesta a esta última pregunta es “depende”. Depende del *tipo* de socialismo. Y afirmo, además, que hay como mínimo una forma de socialismo que, si se aplicara, sería superior al capitalismo en casi todos los aspectos: sería eficiente, más racional en su crecimiento, más igualitario, más democrático. Es esta forma de socialismo la que yo quisiera explicar en las páginas siguientes.

1 En Hayeck (1935: 245-90) aparece una traducción del artículo de Barone. El ataque de principio a von Mises lo hicieron Fred Taylor y Oscar Lange, cuyos importantes ensayos sobre el tema fueron recogidos por Lippincott (1938).

Tres casos

El modelo a establecer aquí no surge totalmente de la teoría política o económica, ni es una estructura económica estilizada de algún país o región particular. Es una síntesis de la teoría y la práctica -quisiera pensar que una "síntesis dialéctica"- . Para ser más específico, lo que yo llamaré "Democracia Económica" es un modelo cuya forma ha sido dada por los debates teóricos sobre organizaciones económicas alternativas que han proliferado en los últimos veinte años, a partir de la evidencia empírica de modos de organización del trabajo, y del recuerdo histórico de diversos "experimentos" a gran escala después de la Segunda Guerra Mundial. De estos experimentos pueden sacarse lecciones negativas, básicamente del fracaso de la planificación central en la Unión Soviética y en la Europa del Este, pero también hay lecciones positivas, derivadas especialmente de tres casos principales.

Empecemos por un "fracaso" socialista: Yugoslavia

A principios de los años cincuenta, un pequeño país de la Europa del Este con "dos alfabetos, tres religiones, cuatro lenguas, cinco naciones, seis estados federales llamados repúblicas, siete vecinos y ocho bancos nacionales" (Horvat, 1976: 3) se embarcó en una notable aventura. En 1948 Stalin había acusado a Yugoslavia de antisovietismo. En 1949, todo el comercio entre Yugoslavia y los demás países comunistas se había interrumpido, y se había impuesto un boicot económico. Presionada por los acontecimientos, Yugoslavia empezó una construcción altamente original: una economía socialista descentralizada que presentaba una autogestión de los trabajadores en las fábricas. Milovan Djilas (1969: 220-221) explica la decisión:

Poco después del comienzo de la discusión con Stalin, en 1949, por lo que recuerdo, empecé a releer *El Capital* de Marx, esta vez con mucha más atención, para ver si podía encontrar la respuesta al acertijo de por qué, en términos simples, el estalinismo era malo y Yugoslavia era buena. Descubrí muchas ideas nuevas y, lo más interesante de todo, ideas sobre una sociedad futura en la que los productores inmediatos, a través de la libre asociación, tomarían ellos mismos las decisiones sobre la producción y la distribución, decidirían efectivamente sobre sus propias vidas y su propio futuro. Se me ocurrió que los comunistas yugoslavos podíamos empezar a crear la libre asociación de productores de Marx. Las fábricas tendrían que dejarse en sus manos, con la única condición de que deberían pagar un impuesto por las necesidades militares o de otro tipo.

Kardelj y Djilas presionaron a Tito, quien inicialmente no lo veía claro.

La parte más importante de nuestro caso fue que esto sería el principio de la democracia, algo que el socialismo aún no había conseguido; además, el mundo y el movimiento internacional obrero podrían verlo como una salida radical del estalinismo. Tito se paseaba arriba y abajo, completamente inmerso en sus pensamientos. De repente se paró y exclamó: "Que las fábricas pertenezcan a los trabajadores es algo que nunca se ha conseguido aún!" (Djilas, 1969: 222-223).

El sistema así iniciado (impuesto desde arriba, hay que recordar, y sin el aval de *ninguna* teoría económica) sufrió diversas modificaciones durante las décadas siguientes; pero la estructura básica de la autogestión de los trabajadores persistió y se combinó con una creciente dependencia del mercado. Durante un tiempo, los resultados fueron impresionantes. Entre 1953 y 1960 Yugoslavia registró el nivel más alto de crecimiento de todos los países del mundo. De 1960 a 1980 Yugoslavia, de entre los países de renta pequeña y media, se encontraba en tercera posición en crecimiento por cápita Cf. Horvat (1976: 12) y Sen (1984: 490).

Estas estadísticas reflejan una transformación real en la calidad de vida de millones de personas. En 1950 Yugoslavia era, tal como había sido desde su creación en 1918, un país pobre y subdesarrollado, con tres cuartas partes de población rural y agrícola. En 1975, el campesinado rural constituía sólo el treinta por ciento de la población, y Yugoslavia había alcanzado un nivel de vida, en Eslovenia, equivalente al de Austria, y, en todo el país en conjunto, a dos terceras partes del de Italia. Incluso Harold Lydall, uno de los principales críticos del experimento yugoslavo, admite que

“resulta claro que Yugoslavia, bajo su sistema de ‘autogestión socialista’, ha conseguido un alto nivel de crecimiento económico, tanto en producción como en consumo. El nivel de vida medio ha cambiado totalmente en los últimos treinta y cinco años” (Lydall, 1984: 183).

Y aunque el péndulo iba y venía entre liberalización y represión, Yugoslavia era sin duda el país más libre de todos los estados comunistas, más libre incluso que muchos países no comunistas de renta baja o media. Citar tan solo un indicador: desde 1967 los yugoslavos han gozado de libertad casi completa de viajar fuera de sus fronteras, una libertad muy usada.

Durante los años ochenta la economía yugoslava se hundió.

“El producto social real... ha caído un 6 por ciento de 1979 a 1985 y aún más desde entonces... La productividad laboral en el sector social cayó durante el mismo período en un 20%, y los ingresos personales de los trabajadores del sector social un 25%. El nivel de los servicios de educación, salud y vivienda también han caído...”

A pesar de una gran cantidad de gente empleada, tanto en la industria como en el gobierno... hay más de un millón de personas registradas sin empleo, cuatro quintas partes de las cuales son jóvenes” (Lydall, 1989: 4-5)

Además, los antagonismos étnicos, durante mucho tiempo dormidos, han servido con intensidad. Al escribir estas líneas, el país parece desmembrado.

¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué la economía yugoslava ha fracasado? ¿Qué lecciones hay que sacar de ello?

- ¿Debemos concluir, con el profesor Lydall de Oxford, que el experimento yugoslavo era defectuoso desde el principio?

- ¡O con Jaroslav Vanek, de Cornell, (1990: 182), hemos de concluir que cualquier país que intente el camino yugoslavo procurando evitar sus defectos de

diseño, ahora bastantes evidentes, “tiene la mejor oportunidad de salir de la crisis universal de finales del siglo veinte”².

Dejemos de lado estas preguntas, por ahora, y vayamos del “fracaso” socialista a...

El “éxito” capitalista: Japón

En 1945, el General Douglas MacArthur observaba el Japón devastado, e instituyó cinco reformas básicas: el sufragio femenino, el derecho de los trabajadores a organizarse, la educación liberal, la abolición del gobierno autocrático, y la democratización de la economía. Los elementos de esta última reforma incluían una rotura de los *zaibatsu* (grandes conglomerados capitalistas), la imposición de un rígido impuesto sobre el patrimonio, y una gran reforma agraria. El objetivo era crear un país capitalista competitivo, que podría ser relativamente pobre, pero que fuera democrático e igualitario.

Sin embargo, con la victoria de los comunistas chinos en 1948 y el estallido de la guerra de Corea en 1950, este objetivo cambió dramáticamente. De acuerdo con Michio Morishima (1982: 161-162),

Abandonando el objetivo político inicial de construir un país democrático basado en un sistema de libre empresa, cuya actividad sería moderada y pacífica, hubo un giro hacia medidas tendientes a reconstruir el Japón como país poderoso, dotado de la fuerza militar y económica necesaria para convertirlo en base avanzada del campo “libre” (anticomunista). Como consecuencia de este cambio de política, el capitalismo japonés renació como el ave fénix, bajo una forma casi idéntica a la que tenía antes de la guerra.

Con frecuencia se olvida que el “milagro” japonés no empezó después de la Segunda Guerra Mundial. Siguiendo a la Revolución Meiji (1867-68), el Japón se preparó a consecuencia para construir una economía industrial moderna. En 1905, la victoria del Japón en la guerra ruso-japonesa sorprendió a la conciencia occidental: por primera vez desde el comienzo del imperialismo occidental, unos no blancos habían triunfado sobre unos blancos. La economía japonesa avanzaba. Hacia el final de la Primera Guerra Mundial, el Japón se había convertido en uno de los cinco grandes poderes mundiales y, aunque muy afectada por la Gran Depresión, la economía japonesa, alimentada por los gastos militares, se recuperó más de prisa que las economías occidentales. (En 1937, la expresión “el milagro japonés” se utilizaba para describir el aumento del 81.5% en la producción industrial desde 1931-34 (Johnson, 1982: 6). Es esta economía la que, en palabras de Morishima, “renació como el ave fénix” en los años cincuenta, con una estructura casi idéntica a la que tenía antes de la guerra.

Las características estructurales de la economía japonesa contrastan muchísimo con el capitalismo occidental, y aún más con el ideal teórico del *laissez-faire*. Sus características principales incluyen

2 Para un análisis conciso de las desviaciones del sistema yugoslavo respecto a las condiciones necesarias para la optimalidad, véase Vanek (1990: 180-182).

1) intervención estatal a gran escala, particularmente en las decisiones sobre inversión,

2) una economía dual, una mitad dominada por un grupo de conglomerados competidores (*keiretsu*, sucesores de los *zaibatsu* de antes de la guerra), y la otra mitad consistente en miles de empresas más pequeñas, con frecuencia vinculadas jerárquicamente entre ellas, o con un *Keiretsu* vía acuerdos de subcontratación,

3) relaciones laborales (en el sector de los *keiretsu* caracterizadas por garantías de ocupación vitalicia, salarios vinculados fuertemente a la antigüedad, bonificaciones sustanciales ligadas a los beneficios de la empresa, y una considerable participación del trabajador en la toma de decisiones.

Ni decir tiene que, en términos materiales, la economía japonesa ha triunfado enormemente. Entre 1946 y 1976, la economía del Japón aumentó cincuenta y cinco veces. Un país de las dimensiones de California, falto de recursos naturales significativos, representa ahora el 10% de la producción económica mundial. (Los Estados Unidos representan el 20%).

Se ha tenido que pagar un precio por estos éxitos: muy poca movilidad de clase o de empleo, un sistema que da al joven sólo *una* oportunidad de entrar en las filas de una buena empresa, un sistema educativo que obliga a los adolescentes japoneses a estudiar de 13 a 15 horas diarias. El resultado ha sido una fuerza de trabajo altamente productiva y disciplinada; pero, dice Morishima (1982: 183), “no debemos olvidar la otra consecuencia, que ha sido la destrucción de su personalidad”. Parece que habría lecciones a aprender, aquí. Pero ¿qué lecciones?

Consideremos un tercer caso: Mondragón

Este es -en mi opinión- un éxito inequívoco (lo digo sin miedo). Más o menos al mismo tiempo en que la nación yugoslava empezaba su singular reestructuración y la economía japonesa se aceleraba bajo el estímulo de la guerra de Corea, otro experimento, de alcance mucho más modesto, se realizaba en una pequeña y subdesarrollada ciudad del País Vasco, en España. En 1943 se abrió una escuela para niños de clase obrera en Mondragón, a instancias de José María Arizmendi, un cura local que había escapado milagrosamente de la ejecución por parte de las fuerzas franquistas durante la Guerra Civil. El “cura rojo”, como le llamaban en los círculos conservadores, era un hombre con gran visión.³ Creyendo que Dios da a casi todos una capacidad intelectual igual, pero que queda bloqueada por las

3 Se dice con frecuencia que la visión de Arizmendi se deriva de la Doctrina Social Católica en oposición al Marxismo, pero esta interpretación ha sido cuestionada por estudios recientes. Algunos pensadores católicos de izquierda fueron muy importantes para Arizmendi (Maritain y Mounier), pero también lo fue Marx. También lo fue un ejemplo realizado anteriormente en Mondragón. En 1920, a resultas de una larga huelga, los trabajadores juntaron sus recursos (completados por fondos sindicales) y establecieron su propia fábrica (de producción de armas de fuego) que sobrevivió hasta la Guerra Civil. Cf. Whyte y Whyte (1988: 19-20 y cap. 18)

condiciones de poder desigual, y viendo con consternación que ningún chico de clase obrera de Mondragón había ido nunca a la universidad, el Padre Arizmendi estructuró su escuela con el fin de fomentar la educación técnica pero también la educación "social y espiritual". Once alumnos de su primera clase (de 20) continuaron los estudios y acabaron siendo ingenieros profesionales. En 1956, cinco de ellos y dieciocho trabajadores más montaron, a instancias del sacerdote, una fábrica cooperativa para hacer pequeñas cocinas y hornos. En 1958 se hizo una segunda cooperativa, para hacer herramientas diversas. En 1959, nuevamente movidos por el Padre Arizmendi, se creó un banco cooperativa.

El movimiento despegó. Treinta y cuatro cooperativas industriales se añadieron al grupo durante los años sesenta. La expansión aún fue más rápida durante los años setenta.

Hacia finales de los años ochenta, el Grupo Mondragón comprendía cerca de 20.000 trabajadores en más de 180 cooperativas. Además de las cooperativas industriales productoras de cocinas, hornos, neveras, lavadoras automáticas, herramientas, equipamiento eléctrico, productos petroquímicos, y mucho más, hay cooperativas agrícolas, cooperativas de construcción, cooperativas educativas, una cooperativa del consumidor, una cooperativa de mujeres, una cooperativa de seguridad social, y una cooperativa de investigación y desarrollo. El banco cooperativa se ha extendido en casi cien sucursales por todo el País Vasco, y ahora es el 14º mayor banco en España.⁴

En todos sentidos, el experimento ha tenido un éxito sorprendente. Se ha visto que la productividad de las empresas de Mondragón ha superado la de empresas capitalistas comparables (Thomas y Logan, 1982). El nivel de fracaso de las nuevas cooperativas de Mondragón es casi cero. El éxito del grupo, a la hora de hacer frente a tiempos económicamente difíciles, ha sido excepcional. (El País Vasco fue duramente castigado por la recesión de finales de los setenta y principios de los ochenta; entre 1975 y 1983 la economía vasca perdió el *veinte por ciento* de sus puestos de trabajo; durante el período, el grupo Mondragón -aunque sufrió algunos ajustes dramáticos- prácticamente no registró paro (Bradley y Gelb, 1987: 87).

La característica estructural más destacable de una empresa de Mondragón es su naturaleza democrática. Sus trabajadores se reúnen como mínimo una vez al año en una Asamblea General. Eligen, mediante el sistema de una persona un voto, un Consejo Supervisor que nombra a la dirección de la empresa; también eligen un Consejo Social que tiene jurisdicción sobre los asuntos que afectan directamente al bienestar de los trabajadores, y un Consejo de Control que escuche, recoja y verifique la información para la Asamblea General.

4 En 1987, el Grupo Cooperativo Mondragón consistía en 94 cooperativas industriales, 26 agrícolas, 44 educativas, 17 de vivienda, 7 de servicios y una de consumidores. (Datos de Caja Laboral Popular, citadas por Meek y Woodworth (1990: 518).

La *innovación* estructural más notable del Grupo Mondragón es la creación de una red de instituciones de apoyo, sobre todo la Caja Laboral Popular, el “banco de los trabajadores”, que interactúa con las empresas productivas de distintos modos: aporta capital para la expansión, aporta asesoramiento técnico y financiero, ayuda en los cambios de una empresa a otra, ayuda en la creación de nuevas empresas. La Caja también mira por los intereses a largo plazo de la región, planifica el desarrollo, y trabaja para armonizar los posibles conflictos de intereses.